

guiente «la colecta pesa sobre los pobres siempre impotentes, muchas veces insolventes,» y todos estos privilegiados que arruinan al contribuyente, causan el déficit del Tesoro.

## VI

Una palabra para terminar. En las ciudades es en donde se busca refugio, y, en efecto, comparadas con el campo, las ciudades son un refugio. Pero la



ABATE TERRAI

das, pagan todavía; la carga anual se ha hecho perpetua; nunca el fisco abandona la presa: en chupando una vez chupa siempre. «Por esto en Bretaña, dice un intendente, no hay ningún pueblo en que los gastos no excedan á los ingresos.» No pueden recomponer sus calles, no pueden reparar sus caminos, «sus cercanías son casi impracticables.» ¿Cómo harían para sostenerse, obligados, como lo están, á pagar después de haber pagado ya? Sus consumos aumentados habían de dar en once años las 606.000 libras convenidas; pero transcurridos esos once años el fisco, pagado ya, conservó sus exigencias, aunque en 1774 habían dado ya 2.071,052 libras y el derecho provisional de consumos continúa. Después, este derecho exorbitante pesa en todas partes sobre los artículos más indispensables á la vida, y de esta manera el artesano está más gravado que el burgués. En París, como ya hemos visto, el vino paga por bocoy de 133 azumbres, 47 libras de entrada: dado el valor del dinero en aquella época, es el doble de

miseria sigue en ella á los pobres; porque de una parte están cargados de deudas, y, por otra, la camarilla que las administra echa el impuesto sobre los indigentes. Oprimidas por el fisco, oprimen al pueblo y echan sobre él la carga que el rey impone á ellas. Siete veces en ochenta años, como dice Tocqueville, 64.363, les volvió á tomar y revendió el derecho de nombrar sus funcionarios municipales, y para pagar «esta hacienda enorme» doblaron sus derechos de consumo. Al presente, aunque libera-

ahora. «Un rodaballo, salido de la costa de Harfleur y llegado en posta, paga de entrada once veces su valor; por consiguiente, el pueblo de la capital está condenado á no comer pescado de mar.» A las puertas de París, en la pequeña parroquia de Aubervilliers, encuentro excesivos derechos sobre «el heno, la paja, los granos, el sebo, la espelma, los huevos, el azúcar, el pescado, las faginas y la leña,» como puede verse en las quejas de la parroquia citada. Compiègne paga toda su contribución por medio de un impuesto sobre bebidas y ganados. «En Toul y Verdun las cargas son tan pesadas, que casi no viven en ellas sino los que deben permanecer allí en virtud de su empleo y los que en virtud de antiguas costumbres consienten en permanecer.» En Coulonmiers «el mercader y el pueblo están tan gravados, que repugnan en acometer empresa alguna.» En todas partes, contra los consumos, las puertas y los investigadores es profundo el odio popular. En todas partes la oligarquía burguesa piensa en sí

misma antes que en sus administrados. En Nevers y Moulins «toda la gente rica halla modo de sustraerse á la colecta por medio de diferentes comisiones, ó por la influencia que gozan con los recaudadores, de manera que se tomaría por verdaderos mendigos á los colectores de Nevers del año actual y del precedente; no hay ya aldeas pequeñas, cuyos colectores sean insolventes, porque se toman para eso granjeros.» En Anger, «independientemente de las indemnizaciones y de la cera que consumen el

fondo anual de 2.127 libras, el dinero público se disipa y se emplea con conocimiento de los funcionarios municipales en gastos clandestinos.» En Provenza, cuyos municipales se imponen libremente el reparto, y parece deberían proteger al pobre, «la mayor parte de las ciudades, particularmente Aix, Marsella y Tolon, no pagan sus cupos locales y generales, sino con el derecho de *estaca* (PIQUET).» Es esta una contribución «sobre todas las harinas que hay y se consumen en su territorio,» por ejemplo, de



VAUVENARGUES

254.897 libras que gasta Tolon, el derecho de *estaca* ó *piquet* da 233.405. Así todo el impuesto cae sobre el pueblo, y el obispo, el marqués, el presidente, el negociante acaudalado, pagan menos por su comida de pescado fino y de becasas que el calafate ó el faquín por sus dos libras de pan untado con ajos. ¡Y el pan en este país estéril es ya harto caro! ¡Y es tan malo, que Malouet, el intendente de la marina, no lo quiere para sus empleados! «Señor, decía en el púlpito M. de La Fare, obispo de Nancy, en 4 de Mayo de 1789: Señor, el pueblo en que reináis ha dado inequívocas pruebas de su paciencia. Es un pueblo mártir á quien parece haberse dejado la vida con el solo objeto de hacerle padecer más largo tiempo.»

## VII

«Soy miserable porque me lo quitan todo. Se me quita demasiado porque no se cobra bastante á los

privilegiados. No solamente los privilegiados me hacen pagar en su lugar, sino que todavía perciben á costa mía sus derechos eclesiásticos y feudales. Cuando de mi renta de 100 francos he dado 53 ó más al colector, preciso es todavía que entregue más de 14 al señor y más de 14 por el diezmo, y de los 18 ó 19 francos restantes he de pagar, además, al investigador de bodegas y al carabinero. Yo solo, hombre infeliz, pago dos gobiernos, uno antiguo, local, que ahora está ausente, es inútil, incómodo, humillante, y no obra más que con sus trabas, con sus injusticias y sus contribuciones; y otro reciente, central, presente en todas partes, que encargándose por sí solo de todos los servicios, tiene necesidades inmensas y gravita sobre mis débiles hombros con todo su peso enorme.» Tales son, en palabras precisas, las vagas ideas que empiezan á fermentar en las mentes populares, y se las halla á cada página en los documentos de los Estados generales.